

**OCHO POETAS ESPAÑOLES
CONTEMPORANEOS**

Jaime Gil de Biedma

BARCELONA JA NO ES BONA, O MI PASEO SOLITARIO EN PRIMAVERA

A Fabián Estapé

*Este despedazado anfiteatro,
impío honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago,
ya reducido a trágico teatro,
¡oh fábula del tiempo! representa
cuánta fue su grandeza y es su estrago.*

Rodrigo Caro

En los meses de aquella primavera
pasaron por aquí seguramente
más de una vez.
Entonces, los dos eran muy jóvenes
y tenían el Chrysler amarillo y negro.
Los imagino al mediodía, por la avenida de los tilos,
la capota del coche salpicada de sol,
o quizá en Miramar, llegando a los jardines,
mientras que sobre el fondo del puerto y la ciudad
se mecen las sombrillas del restaurante al aire libre,
y las conversaciones, y la música,
fundiéndose al rumor de los neumáticos
sobre la grava del paseo.

Sólo por un instante
se destacan los dos a pleno sol
con los trajes que he visto en las fotografías:
él examina un coche muchísimo más caro
-un Duesenberg *sport* con doble parabrisas,
bello como una máquina de guerra-
y ella se vuelve a mí, quizá esperándome,
y el vaivén de las rosas de la pérgola
parpadea en la sombra
de sus pacientes ojos de embarazada.
Era en el año de la Exposición.

Así yo estuve aquí
dentro del vientre de mi madre,
y es verdad que algo oscuro, que algo anterior me trae
por estos sitios destartalados.
Más aún que los árboles y la naturaleza
o que el susurro del agua corriente
furtiva, reflejándose en las hojas
-y eso que ya a mis años
se empieza a agradecer la primavera-,
yo busco en mis paseos los tristes edificios,
las estatuas manchadas con lápiz de labios,
los rincones del parque pasados de moda
en donde, por la noche, se hacen el amor...
Y a la nostalgia de una edad feliz
y de dinero fácil, tal como la contaban,
se mezcla un sentimiento bien distinto
que aprendí de mayor,
este resentimiento
contra la clase en que nací,
y que se complace también al ver mordida,
ensuciada la feria de sus vanidades
por el tiempo y las manos del resto de los hombres.
Oh mundo de mi infancia, cuya mitología
se asocia -bien lo veo-
con el capitalismo de empresa familiar!
Era ya un poco tarde

incluso en Cataluña, pero la *pax* burguesa
reinaba en los hogares y en las fábricas,
sobre todo en las fábricas – Rusia estaba muy lejos
y muy lejos Detroit.

Algo de aquel momento queda en estos palacios
y en estas perspectivas desiertas bajo el sol,
cuyo destino ya nadie recuerda.

Todo fue una ilusión, envejecida
como la maquinaria de sus fábricas,
o como la casa en Sitges, o en Caldetas,
heredada también por el hijo mayor.

Sólo montaña arriba, cerca ya del castillo,
de sus fosos quemados por los fusilamientos,
dan señales de vida los murcianos.

Y yo subo despacio por las escalinatas
sintiéndome observado, tropezando con las piedras
en donde las higueras agarran sus raíces,
mientras oigo a estos chavas nacidos en el Sur
hablarse en catalán, y pienso, a un mismo tiempo,
en mi pasado y en su porvenir.

Sean ellos sin más preparación
que su instinto de vida
más fuertes al final que el patrón que les paga
y que el *salta-taulells* que les desprecia:
que la ciudad les pertenezca un día.
Como les pertenece esta montaña,
este despedazado anfiteatro
de las nostalgias de una burguesía.

PANDEMICA Y CELESTE

*quam magnus numerus Libyssae arenae
... ..
aut quam sidera multa, cum tacet nox,
furtiuos hominum uident amores.*

Catulo, VII

Imagínate ahora que tú y yo
muy tarde ya en la noche
hablemos hombre a hombre, finalmente.
Imagínatelo,
en una de esas noches memorables
de rara comunión, con la botella
medio vacía, los ceniceros sucios,
y después de agotado el tema de la vida.
Que te voy a enseñar un corazón,
un corazón infiel,
desnudo de cintura para abajo,
hipócrita lector *-mon semblable, -mon frère!*
Porque no es la impaciencia del buscador de orgasmo
quien me tira del cuerpo hacia otros cuerpos
a ser posible jóvenes:
yo persigo también el dulce amor,
el tierno amor para dormir al lado
y que alegre mi cama al despertarse,
cercano como un pájaro.
¡Si yo no puedo desnudarme nunca,
si jamás he podido entrar en unos brazos
sin sentir -aunque sea nada más que un momento-
igual deslumbramiento que a los veinte años!
Para saber de amor, para aprenderle,
haber estado solo es necesario.
Y es necesario en cuatrocientas noches
-con cuatrocientos cuerpos diferentes-
haber hecho el amor. Que sus misterios,
como dijo el poeta, son del alma,
pero un cuerpo es el libro en que se leen.

Y por eso me alegro de haberme revolcado
sobre la arena gruesa, los dos medio vestidos,
mientras buscaba ese tendón del hombro.
Me conmueve el recuerdo de tantas ocasiones...
Aquella carretera de montaña
y los bien empleados abrazos furtivos
y el instante indefenso, de pie, tras el frenazo,
pegados a la tapia, cegados por las luces.
O aquel atardecer cerca del río
desnudos y riéndonos, de yedra coronados.
O aquel portal en Roma –en via del Babuino.
Y recuerdos de caras y ciudades
apenas conocidas, de cuerpos entrevistados,
de escaleras sin luz, de camarotes,
de bares, de pasajes desiertos, de prostíbulos,
y de infinitas casetas de baños,
de fosos de un castillo.
Recuerdos de vosotras, sobre todo,
oh noches en hoteles de una noche,
definitivas noches en pensiones sórdidas,
en cuartos recién fríos,
noches que devolvéis a vuestros huéspedes
un olvidado sabor a sí mismos!
La historia en cuerpo y alma, como una imagen rota,
de la langueur goûtée à ce mal d'être deux.
Sin despreciar
–alegres como fiesta entre semana–
las experiencias de promiscuidad.

Aunque sepa que nada me valdrían
trabajos de amor disperso
si no existiese el verdadero amor.
Mi amor
 íntegra imagen de mi vida,
sol de las noches mismas que le robo.

Su juventud, la mía,
–música de mi fondo–

sonríe aún en la imprecisa gracia
de cada cuerpo joven,
en cada encuentro anónimo,
iluminándolo. Dándole un alma.
Y no hay muslos hermosos
que no me hagan pensar en sus hermosos muslos
cuando nos conocimos, antes de ir a la cama.

Ni pasión de una noche de dormida
que pueda compararla
con la pasión que da el conocimiento,
los años de experiencia
de nuestro amor.

Porque en amor también
es importante el tiempo,
y dulce, de algún modo,
verificar con mano melancólica
su perceptible paso por un cuerpo
-mientras que basta un gesto familiar
en los labios,
o la ligera palpitación de un miembro,
para hacerme sentir la maravilla
de aquella gracia antigua,
fugaz como un reflejo.

Sobre su piel borrosa,
cuando pasen más años y al final estemos,
quiero aplastar los labios invocando
la imagen de su cuerpo
y de todos los cuerpos que una vez amé
aunque fuese un instante, deshechos por el tiempo.
Para pedir la fuerza de poder vivir
sin belleza, sin fuerza y sin deseo,
mientras seguimos juntos,
hasta morir en paz, los dos,
como dicen que mueren los que han amado mucho.

CONTRA JAIME GIL DE BIEDMA

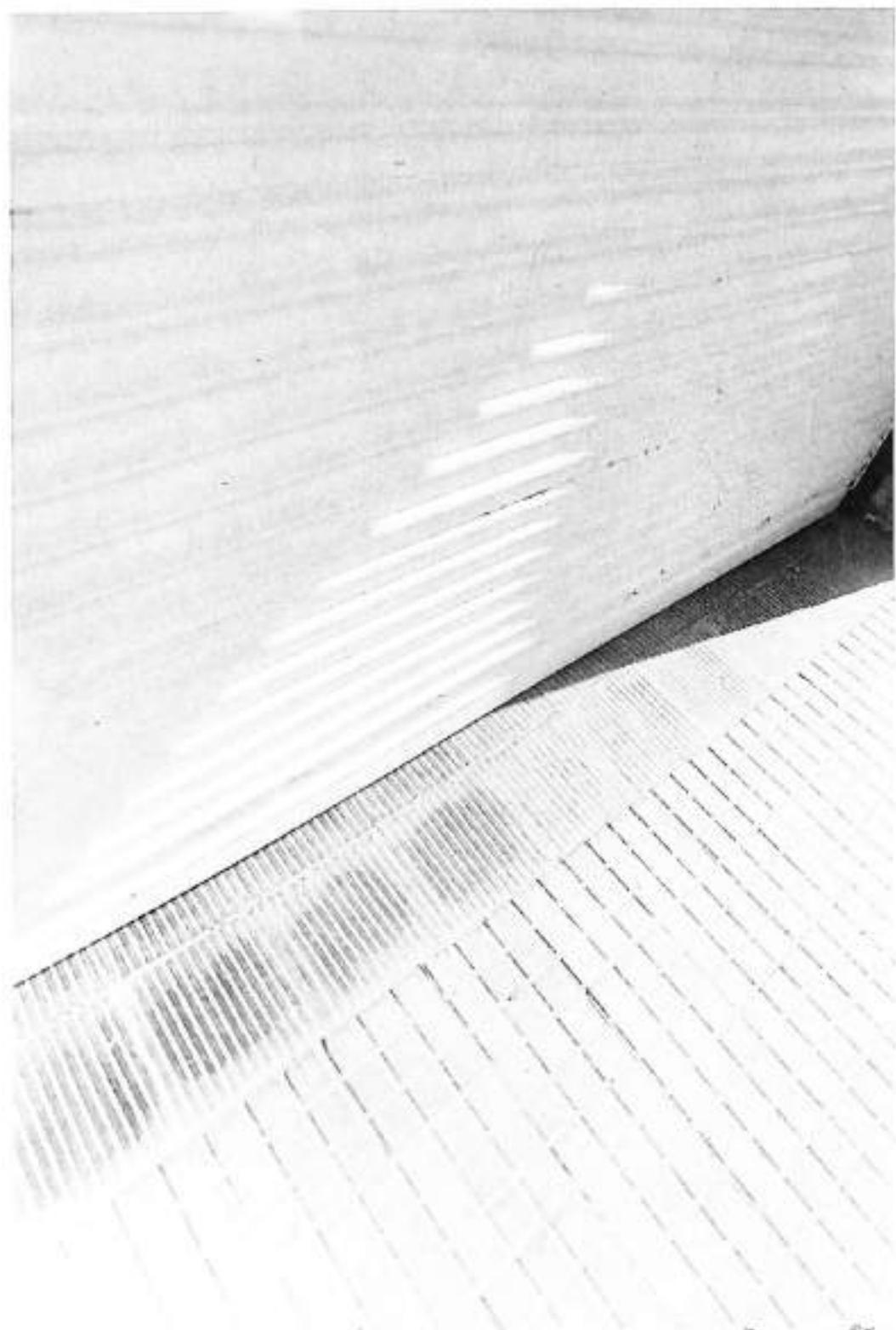
De qué sirve, quisiera yo saber, cambiar de piso,
dejar atrás un sótano más negro
que mi reputación –y ya es decir–,
poner visillos blancos
y tomar criada,
renunciar a la vida de bohemio,
si vienes luego tú, pelmazo,
embarazoso huésped, memo vestido con mis trajes,
zángano de colmena, inútil, cacaseno,
con tus manos lavadas,
a comer en mi plato y a ensuciar la casa?

Te acompañan las barras de los bares
últimos de la noche, los chulos, las floristas,
las calles muertas de la madrugada
y los ascensores de luz amarilla
cuando llegas, borracho,
y te paras a verte en el espejo
la cara destruida,
con ojos todavía violentos
que no quieres cerrar. Y si te increpo,
te ríes, me recuerdas el pasado
y dices que envejezco.

Podría recordarte que ya no tienes gracia.
Que tu estilo casual y que tu desenfadado
resultan truculentos
cuando se tienen más de treinta años,
y que tu encantadora
sonrisa de muchacho soñoliento
–seguro de gustar– es un resto penoso,
un intento patético.
Mientras que tú me miras con tus ojos
de verdadero huérfano, y me lloras
y me prometes ya no hacerlo.

Si no fueses tan puta!
Y si yo no supiese, hace ya tiempo,
que tú eres fuerte cuando yo soy débil
y que eres débil cuando me enfurezco...
De tus regresos guardo una impresión confusa
de pánico, de pena y descontento,
y la desesperanza
y la impaciencia y el resentimiento
de volver a sufrir, otra vez más,
la humillación imperdonable
de la excesiva intimidad.

A duras penas te llevaré a la cama,
como quien va al infierno
para dormir contigo.
Muriendo a cada paso de impotencia,
tropezando con muebles
a tientas, cruzaremos el piso
torpemente abrazados, vacilando
de alcohol y de sollozos reprimidos.
Oh innoble servidumbre de amar seres humanos,
y la más innoble
que es amarse a sí mismo!



José Angel Valente

I

Como el oscuro pez del fondo
gira en el limo húmedo y sin forma,
desciende tú
a lo que nunca duerme sumergido
como el oscuro pez del fondo.
Ven
al hálito.

II

Ut pictura

Mucha poesía ha sentido la tentación del silencio. Porque el poema tiende por naturaleza al silencio. O lo contiene como materia natural. Poética: arte de la composición del silencio. Un poema no existe si no se oye, antes que su palabra, su silencio.

SOBRE EL TIEMPO PRESENTE

*Se freres vous clamons, pas n'en devez
Avoir desdaing,
quoy que fusmes occis
Par justice.*

Ballade des Pendus

Escribo desde un naufragio,
desde un signo o una sombra,
discontinuo vacío
que de pronto se llena de amenazante luz.

Escribo sobre el tiempo presente,
sobre la necesidad de dar un orden testamentario a nuestros
gestos,
de transmitir en el nombre del padre,
de los hijos del padre,
de los hijos oscuros de los hijos del padre,
de su rastro en la tierra,
al menos una huella del amor que tuvimos
en medio de la noche,
del llanto o de la llama que a la vez alza al hombre
al tiempo ávido del dios
y arrasa sus palacios, sus ganados, riquezas,
hasta el tejo y la úlcera de Job el voluntario.

Escribo sobre el tiempo presente.

Con lenguaje secreto escribo,
pues quién podría darnos ya la clave
de cuanto hemos de decir.
Escribo sobre el hálito de un dios que aún no ha tomado forma,
sobre una revelación no hecha,
sobre el ciego legado
que de generación en generación llevará nuestro nombre.

Escribo sobre el mar,
sobre la retirada del mar que abandona en la orilla
formas petrificadas
o restos palpitantes de otras vidas.
Escribo sobre la latitud del dolor,
sobre lo que hemos destruido,
ante todo en nosotros,
para que nadie pueda edificar de nuevo
tales muros de odio.

Escribo sobre las humeantes ruinas de lo que creímos,
con palabras secretas,
sobre una visión ciega, pero cierta,
a la que casi no han nacido nuestros ojos.
Escribo desde la noche,
desde la infinita progresión de la sombra,
desde la enorme escala de innumerables números,
desde la lenta ascensión interminable,
desde la imposibilidad de adivinar aún la conjurada luz,
de presentir la tierra, el término,
la certidumbre al fin de lo esperado.

Escribo desde la sangre,
desde su testimonio,
desde la mentira, la avaricia y el odio,
desde el clamor del hambre y del trasmundo,
desde el condenatorio borde de la especie,
desde la espada que puede hierla a muerte,
desde el vacío giratorio abajo,
desde el rostro bastardo,
desde la mano que se cierra opaca,
desde el genocidio,
desde los niños infinitamente muertos,
desde el árbol herido en sus raíces,
desde lejos,
desde el tiempo presente.

Pero escribo también desde la vida,
desde su grito poderoso,
desde la historia,
no desde su verdad acribillada,
desde la faz del hombre,
no desde sus palabras derruidas,
desde el desierto,
pues allí ha de nacer un clamor nuevo,
desde la muchedumbre que padece
hambre y persecución y encontrará su reino,
porque nadie podría arrebatárselo.

Escribo desde nuestros huesos
que ha de lavar la lluvia,
desde nuestra memoria
que será pasto alegre de las aves del cielo.
Escribo desde el patíbulo,
ahora y en la hora de nuestra muerte,
pues de algún modo hemos de ser ejecutados.

Escribo, hermano mío de un tiempo venidero,
sobre cuanto estamos a punto de no ser,
sobre la fe sombría que nos lleva.

Escribo sobre el tiempo presente.

TRES LECCIONES DE TINIEBLAS
(1977-1979)

BET

Casa, lugar, habitación, morada: empieza así la oscura narración de los tiempos: para que algo tenga duración, fulguración, presencia: casa, lugar, habitación, memoria: se hace mano lo cóncavo y centro la extensión: sobre las aguas: ven sobre las aguas: dales nombres: para que lo que no está esté, se fije y sea estar, estancia, cuerpo: el hálito fecunda al humus: se despiertan, como de sí, las formas: yo reconozco a tientas mi morada.

HE

El latido de un pez en el limo antecede a la vida: branquia, pulmón, burbuja, brote: lo que palpita tiene un ritmo y por el ritmo adviene: recibe y da la vida: el hálito: en lo oscuro el centro es húmedo y de fuego: madre, matriz, materia: stabat matrix: el latido de un pez antecede a la vida: yo descendí contigo a la semilla del respirar: al fondo: bebí tu aliento con mi boca: no bebí lo visible.

VAV

Fuerza: caída sobre sí: sobre sí misma consumida: volvía una y otra vez en busca de su nombre: mas no tenía nombre: respuesta a la que nadie interrogaba: buscaba grietas, surcos: la penetración: recorría superficies hambrienta: lo lineal, lo liso: no se conocía: nada sabía o no sabía más de sí que el sentirse a sí misma fuerza ciega: se alumbró en lo cóncavo: creció en lo húmedo: entró en las bocas de la tierra: murió: fue concebida: desde el morir al no morir: de sobremuerte: el germen.

YOD

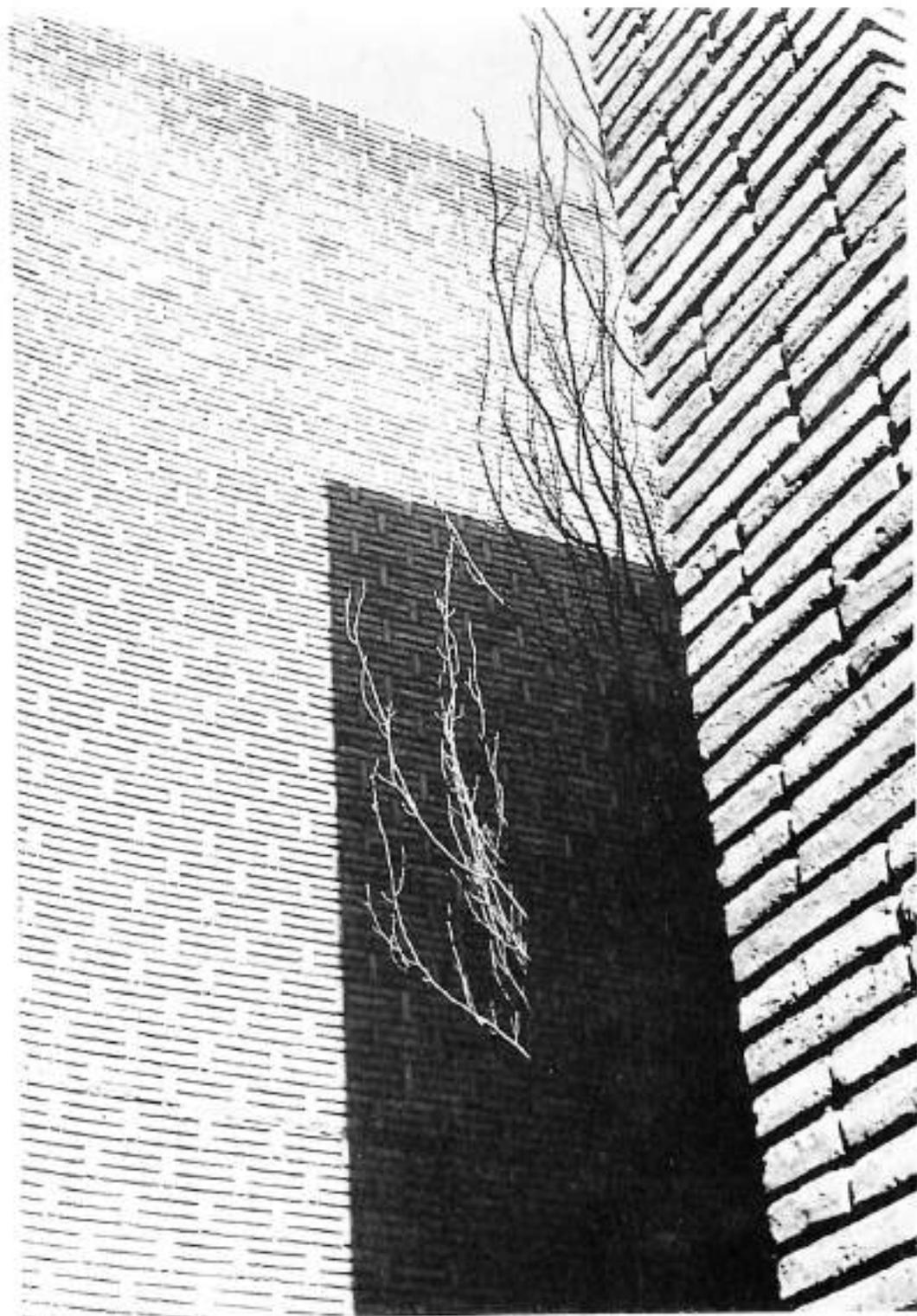
La mano: en alianza la mano y la palabra: de alef a tav se extiende yod: el tiempo no partido: la longitud de todo lo existente cabe en la primera letra del nombre: yo no podría franquear este umbral: no

está mi voz desnuda: la mano es una vibración muy leve como pulmón de un ave o como el despertar: lo que es de tiempo no es de tiempo: no pasaré o no entraré en el nombre: exilio: separaré las aguas para que llegues hasta mí, dijiste: la mano es un gran pájaro incendiado que vuela hacia el poniente y se consume como una antorcha de oscura luz.

MEM

En el vértigo de la inmovilidad: las aguas: lo que en ellas oscuro se alimenta a sí mismo igual que un padre hembra: noche de la materia: fluir fetal en la deriva quieta de las Madres: en donde nada opone resistencia a la vida: el que espera entrar en el nombre ha de velar nocturno a las orillas de la sola quietud: las aguas.

Mariano Zuzunaga



Francisco Brines

EL BALCON DA AL JARDIN. LAS TAPIAS BAJAS

El balcón da al jardín. Las tapias bajas
y gratas. Entornada la gran verja.
Entra un hombre sin luz y va pisando
los matorrales de jazmín, le gimen
los pies, no mira nada. Qué septiembre
cubre la tierra, lentos nardos suben,
y suben las palomas con las alas
el aire, el sol, y el mar descansa cerca.
El viento ya no quema. Riegan lentos
los pasos que da el agua, las celindas
todas se entregan. Los insectos se alzan
a vivir por las hojas. En el pecho
le descansan las barbas, sigue andando
sin luz. Todo lo deja muerto, negras
aves del cielo, caedizas hojas,
y cortada en el hielo queda el agua.
El jardín está mísero, y habita
ya la ausencia como si se tratase
de un corazón, y era una tierra verde.
Cruza la diminuta puerta. Llegan
del campo aullidos, y una sombra fría
penetra en el balcón y es un aliento
de muerte poderoso. Es la casa
que se empieza a caer, húmeda y sola.

MERE ROAD

A Felicidad Blanc

Todos los días pasan,
y yo los reconozco. Cuando la tarde se hace oscura,
con su calzado y ropa deportivos,
yo ya conozco a cada uno de ellos, mientras suben en grupos
o aislados,
en el ligero esfuerzo de la bicicleta.
Y yo los reconozco, detrás de los cristales de mi cuarto.
Y nunca han vuelto su mirada a mí,
y soy como algún hombre que viviera perdido en una casa de
una extraña ciudad,
una ciudad lejana que nunca han conocido,
o alguien que, de existir, ya hubiera muerto
o todavía ha de nacer;
quiero decir, alguien que en realidad no existe.
Y ellos llenan mis ojos con su fugacidad,
y un día y otro día cavan en mi memoria este recuerdo
de ver cómo ellos llegan con esfuerzos, voces, risas, o
pensamientos silenciosos,
o amor acaso.
Y los miro cruzar delante de la casa que ahora enfrente
construyen
y hacia allí miran ellos,
comprobando cómo los muros crecen,
y adivinan la forma, y alzan sus comentarios
cada vez,
y se les llena la mirada, por un solo momento, de la fugacidad
de la madera y de la piedra.
Cuando la vida, un día, derribe en el olvido sus jóvenes edades,
podrá alguno volver a recordar, con emoción, este suceso mínimo
de pasar por la calle montado en bicicleta, con esfuerzo ligero
y fresca voz.
Y de nuevo la casa se estará construyendo, y esperará el jardín a
que se acaben estos muros
para poder ser flor, aroma, primavera,

(y es posible que sienta ese misterio del peso de mis ojos,
de un ser que no existió,
que le mira, con el cansancio ardiente de quien vive,
pasar hacia los muros del colegio),
y al recordar el cuerpo que ahora sube
solo bajo la tarde,
feliz porque la brisa le mueve los cabellos,
ha cerrado los ojos
para verse pasar, con el cansancio ardiente de quien sabe
que aquella juventud
fue vida suya.
Y ahora lo mira, ajeno, cómo sube
feliz, encendiendo la brisa,
y ha sentido tan fría soledad
que ha llevado la mano hasta su pecho,
hacia el hueco profundo de una sombra.

ISLA DE PIEDRAS

Esta tarde, solitario en Skye,
después de tantas horas solo ya pasadas, de tantas noches
venideras y solas (terriblemente han de venir
todas las horas de dolor),
veo la niebla subir de las Colinas Rojas,
y en esta isla atormentada,
de oscuridad y roca,
mis pies pisan el mundo desolados.

Intento recordar días recientes,
la tarde fría de la primavera de Oban,
o acaso el ancho rayo de blanquísimo fuego
cayendo en el islote nebuloso
donde, enfermos, agonizan los pájaros.
Intento recordar, traer algún calor
al pecho.

Y ahora que estoy más dentro de la noche
el tiempo ha serenado,
mientras avanzo en busca de cobijo.
Y he detenido el paso, en esta luz incierta,
para mirar la gusanera de los cielos
trocarse en un enjambre de luces detenidas,
y así curar el pecho, con engaño, de su honda soledad.
Pero en la medianoche el cielo es tenso, y al occidente huye,
con luz
que va a su muerte.
Y allí está el mar, abrazado de rocas ahora oscuras,
violeta cansada
que sostiene en su luz la muerta pesadumbre de la tierra.
El mar llega a mis ojos consolándolos,
pues él me está diciendo que no todo es dolor,
que aquí el mundo aún alienta.
Y más hacia la muerte van los ojos, donde cierra la luz
su resplandor dormido,
allá en el horizonte de las islas:

son islas de cristal, columnas de humo blanco, son jóvenes
estrellas
que agonizan de frío.

Este paisaje hermoso es luz que muere, es roca atormentada,
oscuridad que ciega el ojo.
Y un viento vuela a mí, con milagroso olor,
y a tientas busco la florida rama.
Y encontrada la flor,
he mirado las luces de los cielos
con pecho consolado,
porque nunca se acaba el olor de las rosas.

METODOS DE CONOCIMIENTO

En el cansancio de la noche,
penetrando la más oscura música,
he recobrado tras mis ojos ciegos
el frágil testimonio de una escena remota.

Olía el mar, y el alba era ladrona
de los cielos; tornaba fantasmales
las luces de la casa.
Los comensales eran jóvenes, y ahítos
y sin sed, en el naufragio del banquete,
buscaban la ebriedad
y el pintado cortejo de alegría. El vino
desbordaba las copas, sonrosaba
la acalorada piel, enrojecía el suelo.
En generoso amor sus pechos desataron
a la furiosa luz, la carne, la palabra,
y no les importaba después no recordar.
Algún puñal fallido buscaba un corazón.

Yo alcé también mi copa, la más leve,
hasta los bordes llena de cenizas:
huesos conjuntos de halcón y balletero,
y allí bebí, sin sed, dos experiencias muertas.
Mi corazón se serenó, y un inocente niño
me cubrió la cabeza con gorro de demente.

Fijé mis ojos lucidos
en quien supo escoger con tino más certero:
aquel que en un rincón, dando a todo la espalda,
llevó a sus frescos labios
una taza de barro con veneno.

Y brindando a la nada
se apresuró en las sombras.



Claudio Rodríguez

BRUJAS A MEDIODÍA
(Hacia el conocimiento)

I

No son cosas de viejas
ni de agujas sin ojo o alfileres
sin cabeza. No salta,
como sal en la lumbre, este sencillo
sortilegio, este viejo
maleficio. Ni hisopo
para rociar ni vela
de cera virgen necesita. Cada
forma de vida tiene
un punto de cocción, un meteoro
de burbujas. Allí, donde el sorteo
de los sentidos busca
propiedad, allí, donde
se cuaja el ser, en ese
vivo estambre, se aloja
la hechicería. No es tan sólo el cuerpo,

con su leyenda de torpeza, lo que
nos engaña: en la misma
constitución de la materia, en tanta
claridad que es estafa,
guiños, mejunjes, trémulo
carmin, nos trastornan. Y huele
a toca negra y aceitosa, a pura
bruja este mediodía de setiembre;
y en los pliegues del aire,
en los altares del espacio, hay vicios
enterrados, lugares
donde se compra el corazón, siniestras
recetas para amores. Y en la tensa
maduración del día, no unos labios
sino secas encías,
nos chupan de la sangre
el rezo y la blasfemia,
el recuerdo, el olvido,
todo aquello que fue sosiego o fiebre.
Como quien lee en un renglón tachado
el arrepentimiento de una vida,
con tesón, con piedad, con fe, aun con odio,
ahora, a mediodía, cuando hace
calor y está apagado
el sabor, contemplamos
el hondo estrago y el tenaz progreso
de las cosas, su eterno
delirio, mientras chillan
las golondrinas de la huida.

II

La flor del monte, la manteca añeja,
el ombligo de niño, la verbena
de la mañana de San Juan, el manco
muñeco, la resina,
buena para caderas de mujer,
el azafrán, el cardo bajo, la olla

de Talavera con pimienta y vino,
todo lo que es cosa de brujas, cosa
natural, hoy no es nada
junto a este aquelarre
de imágenes que, ahora,
cuando los seres dejan poca sombra,
da un reflejo: la vida.
La vida no es reflejo
pero, ¿cuál es su imagen?
Un cuerpo encima de otro,
¿siente resurrección o muerte? ¿Cómo
envenenar, lavar
este aire que no es nuestro pulmón?
¿Por qué quien ama nunca
busca verdad, sino que busca dicha?
¿Cómo sin la verdad
puede existir la dicha? He aquí todo.

Pero nosotros nunca
tocamos la sutura,
esa costura (a veces un remiendo,
a veces un bordado),
entre nuestros sentidos y las cosas,
esa fina arenilla
que ya no huele dulce sino a sal,
donde el río y el mar se desembocan,
un eco en otro eco, los escombros
de un sueño en la cal viva
del sueño aquel por el que yo di un mundo
y lo seguiré dando. Entre las ruinas
del sol, tiembla
un nido con calor nocturno. Entre
la ignominia de nuestras leyes, se alza
el retablo con viejo
oro y vieja doctrina
de la nueva justicia. ¿En qué mercados
de altas sisas el agua
es vino, el vino sangre, sed la sangre?

¿Por qué aduanas pasa
de contrabando harina
como carne, la carne
como polvo y el polvo
como carne futura?

Esto es cosa de bobos. Un delito
común este de andar entre pellizcos
de brujas. Porque ellas
no estudian sino bailan
y hacen pis, son amigas
de bodegas. Y ahora,
a mediodía,
si ellas nos besan desde tantas cosas,
¿dónde estará su noche,
dónde sus labios, dónde nuestra boca
para aceptar tanta mentira y tanto
amor?

CANTO DEL DESPERTAR

IX

Como si nunca hubiera sido mía
dad al aire mi voz y que en el aire
sea de todos y la sepan todos
igual que una mañana o una tarde.
Ni a la rama tan sólo abril acude
ni el agua espera sólo el estiaje.
¿Quién podría decir que es suyo el viento,
suya la luz, el canto de las aves
en el que esplende la estación, más cuando
llega la noche y en los chopos arde
tan peligrosamente retenida?
¡Que todo acabe aquí, que todo acabe
de una vez para siempre! La flor vive
tan bella porque vive poco tiempo
y, sin embargo, cómo se da, unánime,
dejando de ser flor y convirtiéndose
en ímpetu de entrega. Invierno, aunque
no esté detrás de la primavera, saca
fuera de mí lo mío y hazme parte,
inútil polen que se pierde en tierra
pero ha sido de todos y de nadie.
Sobre el abierto páramo, el relente
es pinar en el pino, aire en el aire,
relente sólo para mí sequía.
Sobre la voz que va excavando un cauce
qué sacrilegio éste del cuerpo, éste
de no poder ser hostia para darse.

CALLE SIN NOMBRE

I

¿Y no hay peligro, salvación, castigo,
maleficio de octubre
tras la honda promesa de la noche,
junto al acoso de la lluvia que antes
era secreto muy fecundo y ahora me está lavando
el recuerdo, sonando sin lealtad,
enemiga serena en esta calle?
¿Y la palpitación oscura del destino,
aún no maduro hoy?
Oigo la claridad nocturna y la astucia del viento
como sediento y fugitivo siempre.
Pero ¿dónde está, dónde
ese nido secreto de alas amanecidas
de golondrinas?
Alguien me llama desde
estas ventanas esperando el alba,
desde estas casas transparentes, solas,
con destello y ceniza
y con la herencia de sus cicatrices mientras
esta puerta cerrada se hace música
esperando una mano que la abra
sin temor y sin polvo. ¿Y dónde los vecinos?

II

Está ya clareando.
Y cuando las semillas de la lluvia
fecundan el silencio y el misterio,
la espuma de la huella
sonando en inquietud, con estremecimiento,
como si fuera la primera vez
entre el aire y la luz y una caricia,
ya no importan como antes,
el canto vivo en forja

del contorno del hierro en los balcones,
las tejas soleadas
ni el azul mate oscuro
del cemento y del cielo.
La calle se está alzando. ¿Y quién la pisa?
¿Hay que dejar que el paso, como el agua,
se desnude y se lave
algunas veces seco, ágil o mal templado;
otras veces, como ahora
tan poco compañero, sin entrega ni audacia,
caminando sin rumbo y con desconfianza
entre un pueblo engañado, envilecido,
con vida sin tempero,
con libertad sin canto?

Me está hablando esta acera como un ala
y esta pared en sombra que me fija y me talla
con la cal sin tomillo y sin vuelo sin suerte
la juventud perdida. Hay que seguir. Más lejos...
Y voy de puerta en puerta
calle arriba y abajo
y antes de que me vaya
quiero ver esa cara ahí a media ventana,
transparente y callada
junto al asombro de su intimidad
con la cadencia del cristal sin nido
muy bien transfigurada por la luz,
por el reflejo duro de meseta,
con pudor desvalido,
asomada en silencio y aventura.
Quiero ver esa cara. Y verme en ella.

III

Ha amanecido. Y cada esquina canta,
tiembla recién llovida. Están muy altos
el cemento y el cielo.
Me está llamando el aire con rutina,

sin uso.

El violeta nuevo de las nubes
vacila, se acobarda. Y muy abiertas
vuelan las golondrinas y la ciudad sin quicios,
el bronce en flor de las campanas. ¿Dónde,
dónde mis pasos?

Tú no andes más. Di adiós.

Tú deja que esta calle
siga hablando por ti, aunque nunca vuelvas.

Mariano Zuzunaga



Pere Gimferrer

SEGUNDA VISION DE MARZO

I

La gente, en los barrios más oscuros,
con los faroles y el hollín –los muchachos que por la noche limpian
chimeneas con manos tibias
y en los muros lacerados del hospicio dibujan inscripciones paleolíticas
–un alce, una serpiente, la muerte de una yegua–
y bajo los faroles se besan y mueren a punta de navaja con *claqué*
y cuando la niebla se adensa empapa sus sombreros de copa –todo
es aceite y humo en aquellas casas del puerto
donde van a parar los blancos escotes, la sangre de los bailes callejeros,
las alcobas nupciales,
el acordeón de los *bals-musette*, ya un poco marchita la dueña, rubia
muy mal teñida –pero los ojos azules son aún jóvenes – que
fumaba *Gauloises*,
y ahora, al caer la noche,
la llama de los *becs de gaz*,
como los labios de una mujer
que besara mis párpados,
porque los ojos se cerraban para morir o para amar.

II

Hace frío, en los barrios más oscuros, y la gente aún piensa
en la gorra de fieltro y el hule de una Browning en el bolsillo,
porque en las dos primeras esquinas no, pero en la tercera se quebrará
de un puñetazo el vidrio
y las niñas que juegan en el callejón, como en un viejo film de
Chaplin
-rubias, un jersey de mortecino color, los ojos de perla marina-,
ahogadas con lazos y cintas y la oscuridad del Metro,
cuando la calle Aribau parecía salida de un noticiario de postguerra
(las muchachas enterradas en el Fossar de les Moreres, con consultorio
sentimental y olor de almidón y de cocina -la radio, después
de cenar, como una voz del país de los muertos),
alma, alma mía, ¿quién te llamaba a un estío de glicinas?

III

Como los hombres que se cumplen en la acción, o en el deseo, o con
un cuerpo tibio al fondo de un callejón,
al fondo de un diorama como los que había antes en los sótanos del
monumento a Colón, representando el descubrimiento de
América, al estilo de las composiciones de época del siglo
pasado,
aunque se movía un poco el papel de las pitas, pintadas ante un
dragón verde que enseñaba los colmillos en segundo término,
y todos en la piragua -los que surcamos las negras aguas del Leteo,
así el poema a un tiempo sufre la imperiosa necesidad de designar
lo real
y no lo puede designar: le son precisas las paráfrasis
para aludir al tránsito de una nube en verano,
a la corola tibia que en los labios se deshace,
al sentimiento de nostalgia, al miedo, a la toma de contacto con las
oscuridades de la memoria,
lo que hace y deshace el poema, la pérdida de contacto con la
conciencia
que nos espera en un cóctel -y aquel hombre de smoking
es ya un hombre tan muerto como un actor de cine.

Así, pues, la palabra se convertirá en celada
tan sólo en la medida en que lo queramos: ceniza o música,
es tal vez un esfuerzo de lucidez, y la simultaneidad de
planos corresponde en ella a la complejidad de una experiencia:
es decir, que no se podría explicar de ningún otro modo aquel
momento entre dos estaciones, saliendo de Salzburgo,
con las luces y los rieles –ángulo rasante, un niño jugaba con la
niebla– lúgubres, lúgubres,
y sólo un poema puede explicar por qué aquel hombre mal afeitado
y ebrio tiene ojos de príncipe.
El hundimiento de un mundo: esto es la grandeza,
y tanto da que caiga una *vamp* con pieles de visión como un
compañero de colegio del cual sólo recordamos las manos
que temblaban bajo el pupitre una tarde de estío.

IV

Nunca he vivido la distancia entre lo que queremos decir y lo que
decimos realmente,
la imposibilidad de captar la tensión del lenguaje, de establecer un
sistema de actos y palabras,
un cuerpo de relaciones entre el poema escrito y su lectura.
Quizá un discurso eliotiano en ocasiones, pienso
que este poema pone realmente en peligro
uno de los niveles de mi poesía: es decir, que el discurso
muestra aquí a un tiempo las dos caras del espejo.
Lo cierro, y da la vuelta:
de noche, con luz, en la oscuridad dorada, en las calles o en la
muerte,
como el rumor del bosque y los árboles que en él caen talados en
silencio
–¿dónde, sino en mi corazón?

VISION

Transparente, la tiniebla
abre un vacío cristalino: la granada
de tu cuerpo, resistiendo en pleno centro
de las oscuridades.

Es una forma
mental la que ahora fulgura si tu desnudo
arde aún en mis ojos cerrados. Me muevo
como la raíz por el palacio de carbón de la tierra,
invirtiendo el destino de la copa del árbol,
imantado, en tensión
entre el aire y lo oscuro: el árbol, un ser
plantado en el medio, en el corazón del remolino de los signos,
como tu cuerpo, formado y ya desvaneciéndose,
instantáneo, en mis ojos.

El tiempo
es la duración de tu desnudo, imagen
precipitada a un oscuro movimiento rotatorio
en torno a la hendidura de par en par abierta
que rutila y me mira en el centro de tu cuerpo.

Movible confluencia:

aspas, hélices, silencio, vendaval planetario
cuando tus piernas abriéndose como tijeras de llama me descubren
las congelaciones lejanas de la luna
y la combustión del pálido cielo nocturno.
¿Soy yo? Párpado oscuro,
¿me retienes en tu fondo, bajo la sombra que inflamas?
Decir tu cuerpo es decirme. Decir tu cuerpo
es decir lo no dicho. Tu cuerpo
dice siempre lo no dicho. Constante, lo pronuncia
con su perdurable crepitar de fruto único,
de fruto que pienso y digo y me deslumbra:
en la luz es la luz, es el instante detenido,
reverberación que se funde con la materia,
visión del concepto, cuerpo hecho idea fija
que no abandona el mundo retiniano, que en él persiste
como la huella de un sol carbonizado.

En dos tiempos distintos,
la palabra y el cuerpo, la pupila
y el desnudo que la crea.

Desparramamiento de sombras,
formas superponiéndose,
instantes, percepciones, sonidos fragmentarios
del sonido final, del rodar ahogado
que más allá del oceánico acecho del firmamento
producen los amantes atados a una misma cuadriga.

Manos y labios,

y más aún, respiraciones,
y aliento confundido con tu aliento, como el ágata
con la claridad que exhala, y ahora rodeo
las redondas cimas, tus nalgas claras
y su templo de luz abro, y diviso al fondo
el ojo de fuego que allí me espera, el rubí
nocturno y palpitante como la tempestad,
como bajo el relámpago negro de tu pubis
también me llamaba antes la transparencia
de la cueva marina: eres sólo una, y tienes
dos ojos, dos antros, dos simas solares.

Blasón y visión, ceremonia
representada al fondo de un alto combate de arcángeles:
telones caídos, oro depredado, abismos,
el teatro del tiempo. Hacer eterno el instante
¿es hacer eterno el cuerpo? La luz del cuerpo
¿nos hará eternos? No la veo ahora: borro
con la mirada la mirada. El tiempo
a sí mismo se mira en este cuerpo
y al mirarse se anula. Relampaguea
la tarde: es un espejo, y son las olas
al fondo de ese espejo. El cuerpo navega
en un cristal de luz iridiscente.

Posesión y desposesión. Trofeos
efímeros de la noche, armas del sol
y de la niebla ¿dónde estamos? ¿Qué espacio nos rodea,
en qué vidrio ofuscado brilla nuestro deseo?
La apariencia es el instante. De la muerte no conozco

sino los fuertes escudos del tiempo enmascarado.
Sólo una vez el rostro se descubre
y morimos entonces de un beso fulmíneo. El cielo
rojo fingirá las aguas rojas del poniente:
tu cuerpo no finge. Silencio, bronce,
explosión suspensa, incandescencias,
desnudo que niega la noche, nieve negreante,
raptó de esta estancia. Único, el instante
es pasado y es presente, y ahora recuerdo
que ahora te desnudo, fulgurante, y ahora
te abrazaba, y te veo ahora, ya vista,
bajo el falso maquillaje del cielo vacío,
y tu cuerpo, tan incierto, es lo único cierto:
es la certeza hecha resplandor.

EL ESPACIO DESIERTO

VI

El oficiante viste una piel de jabalí
cazado por los largos caminos del invierno, en las cuevas
donde el jabalí, acosado por estacas y horcas,
cojo y ciego, alentando con estertor de muerte,
siente el silencio duro y compacto del cielo,
una hoja de estaño, y el vacío
de un espacio sin cuerpos: no el espacio de la roca,
no el espacio de la hojarasca y la ceniza,
no el espacio de los senderos donde animales y hombres
conocen su lugar, la campana donde la piedra retumba igual que el
astro,
donde suenan los volúmenes y las distancias,
no el espacio de la vida, sino el espacio, más hondo,
de la muerte.

El oficiante, con el torso desnudo
y los riñones cubiertos por los despojos del jabalí, hace suyos
el olor del almizcle y la corteza, el humo
de la grasa de animales muertos untando las parrillas,
el estiércol fuerte y salvaje del ánade, y la muda
de la piel de la serpiente.

Es todo el bosque
y es la oscuridad terrosa en la que se hunde la azada,
la guarida del sacerdote druídico
y la pestilencia de reses.

Titilaciones en la tiniebla verde,
luces fugaces y movedizas,
hojas, claridad de sol, licuefacción de aguas.
(Un bidón de petróleo lleno de musgo
y un abrelatas vacío brillan bajo el sol.
Las hormigas negrean en el claro
de blancura de los manteles).

Desnudo,
el oficiante bebe zumo de fresas silvestres,
se unta el cuerpo con harina, y se refriega el pecho

con el hígado de un perro muerto.

Hay que tener abiertos los ojos,
hay que escuchar, hay que poner atención: las palabras
sólo una vez son dichas, el gesto
sólo una vez al año lo veréis. El ara es lisa
como el vientre de piedra de esta mujer desnuda
y el triángulo veloso de la mujer conoce la aspereza
de la piel de jabalí.

Un olor intenso y acre,
de pelaje de animal y de sexo de mujer, un tacto huidizo
como el frío del azul de un zafiro que vacila.
El cielo claro de setiembre, líquido y submarino,
es de este azul: azul de los ojos del oficiante, azul
de las claridades del cuchillo de acero y el pedernal.
Hurgar con la hoja azul, fría de aceros, el sexo
de madera tierna, resinoso, bulboso,
el sexo de la mujer ofrecida en cruz al otoño que llega.
Porque hay que preparar el advenimiento. Todo ser,
en el azulado y obsesivo setiembre,
busca un refugio. El mirlo, el estornino y la urraca
sienten quizá en las alas la palpitación
del espacio seco y lívido, sediento, convulso,
el espacio del verdor desnudo y ceniciento,
este ahogo de verdes que nos oscurece el mundo.
Por el roquedal quemado del cielo, un gavilán
se aferra con pico y garras al yunque de la luz.
Con las gavillas y los haces de heno, centellas muertas,
el zumbido de abejas y abejorros: el trigo
es la capilla de oro y polvo de las guadañas.
Tiempo de siega, tiempo de resurrecciones.
Ahora el sol sólo deja un hálito amoratado
en el filo azul, oscuro y vítreo de las guadañas ocultas.
Un vuelo de tordos, de hojas y de sombras. Es más vasto
el silencio del templo bajo la nave de los árboles.
Un escalofrío en el plumaje de las palomas torcaces,
cuando el pájaro y la tierra sienten el sonido de arneses y la
oscuridad de las nubes.
El oficiante se ha santiguado. Escudos de plomo

en el cielo, y latido de escudos en el ciego claro verde del bosque.
Tres veces el signo de la cruz. Primero,
la cruz vertical, por los muertos, y por el olor de amoníaco
de la sangre menstrual en las iglesias. Después, la cruz espada
por el cuerpo de esta mujer ofrecida al ciclo anual como un fruto
maduro,

y, en un gesto final, el garabato de la esvástica,
hermana de las ratas y los torturadores.

Después de santiguarse, el oficiante
deja en el ara la piel de jabalí, le prende fuego
y la mujer y la piel y la hojarasca
arden con sorda luz de crepitación.

El bosque transfigurado. Imágenes rojizas,
liebres corriendo, rostros amarillos y pálidos,
la pezuña negra del lobo, los ojos claros del gamo,
latas, botellas vacías, preservativos marchitos,
un lápiz de labios enmohecido y unas bragas violeta,
todo mezclado con las deflagraciones del cielo en el agua verdosa,
cuando el fuego, con un sonido de trallazos,
da batidas por los campos desiertos y ateridos de la blancura escarchada.

Un vínculo, sarmentoso, de la leña y la llama,
el don de la uva áspera, de las setas barbudas,
la hierba de la epidemia, el matorral venenoso,
la luna desnuda, lechosa y calcárea,
las cepas que beben oscuridades de cueva
y el zumbido de enjambres negros y de crespones del sol.

Un vínculo lo hermana todo. El fuego, con ojos ávidos,
y, detrás de nuestro rostro -un molde de yeso,
quizá un antifaz de seda-, acecha otro:
tenemos el rostro del oficiante.

Así el fuego consume la ceniza de los planetas
y en los ojos de la lechuza duermen nieves siderales.

Todos somos el oficiante. Cada acción
tiene un envés ritual y totémico. Pisamos
caminos que son sólo ecos de otros caminos.

Se oscurece el color de las cerezas
y el cielo es una cáscara azul y vacía.

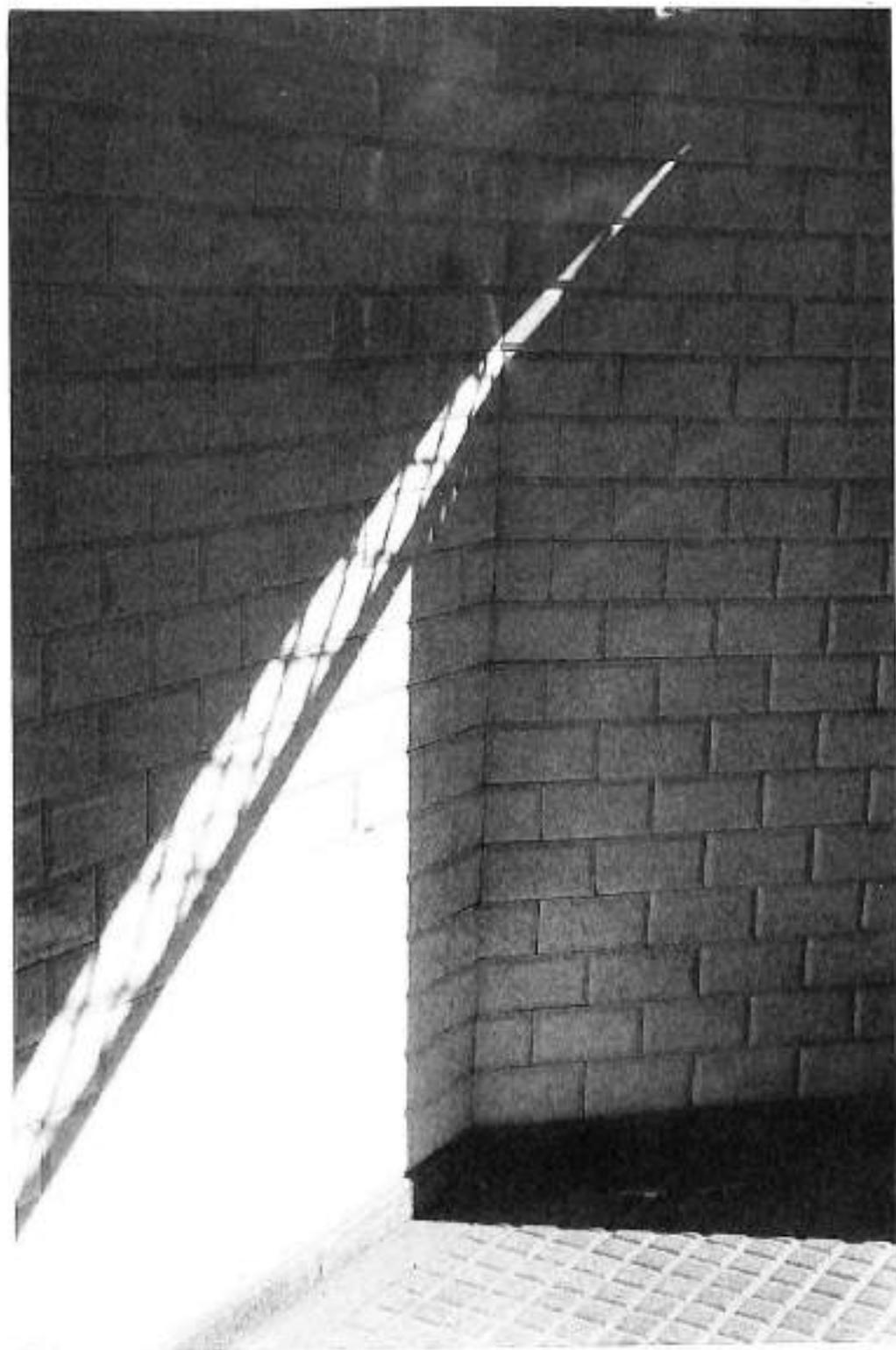
Los contrarios y la negación,

la insegura grieta de la nada,
los actos que podrían abolir nuestros actos, el tiempo
sin duración, el ámbito sin ser.
Una luz de quirófano, de blancura cenital.
Los pasamanos de cuero negro y los escalones dentados de la escalera
mecánica.

Es un recorrido iniciático. El ojo
viene del acolchado verdor de la carlinga
y entra en el santuario de las fluorescencias.
Es el iris de una perla submarina. Las hélices,
mudas, ya no palpitan en el aire ausente. Las voces,
estas voces del Orco llamando a los viajeros!
Sabe cada una nuestro nombre, las rutas
del zumbante fuselaje, fuego y hielo en la noche,
el rumor de motores en el corazón del silencio,
la claridad ardiente y ciega de los reflectores nocturnos,
las pistas vacías y el cielo arrasado,
la lisura del espacio cortado por luces de acero.
Las tarjetas de vuelo dicen nuestros sueños
y este espacio sagrado es un retorno.
Ves ahora el templo derruido, el tiempo
de casas con fachadas borradas,
de escaparates con cristales expoliados y oscuros,
el tiempo de hombres con rostros que se van desvaneciendo,
manos que un humo evapora, coches como cajas vacías de cerillas,
ascensores
sordos en una parálisis de cables,
el tiempo del gas en la ciudad de los muertos.
Así hemos vivido: en la voracidad del aire
que devoraba las palabras que no decíamos, los gestos
que no llegábamos a iniciar, engullidos
por el aire que nos aspiraba, un gas a presión,
que desnudaba los huesos y aventaba la mente,
sin memoria ni pensamientos, sin cuerpo,
soplados, marchitados, aturdidos por el aire,
pegados como carteles a los muros desiertos,
en el embudo del miedo, en un país de gas, de cadáveres vivientes.
Viniendo por la Granvía, el rojo de un semáforo

nos hizo detener el taxi. Le vi entonces,
amarillento, estulto, congestionado,
al volante de su coche, con una americana de color crema,
el perfecto producto de treinta años de fascismo,
desposeído, vaporizado y nulo,
en un mundo de despachos como cámaras frigoríficas,
sin saber quién era ni cómo se llamaba, astuto,
satisfecho de ser más vivo que cualquier otro,
hablando como un muñeco de ventrílocuo, mangante,
sin país y sin lengua, sin ser ni aun él mismo,
un Don Nadie, alguien que era Nadie,
ya del todo despojado por la vacuidad del aire,
con el yo devorado y disuelto en el gas.
Sobre el Coliseum, un cielo tétrico,
con claridades rojizas, hacía irreales las casas,
como el recuerdo de un sueño, o como cuando soñamos
lo que la víspera hemos vivido, fragmentario,
entrando, saliendo, gesticulando, cerrando puertas
y repitiendo momentos incompletos de conversaciones,
viéndonos a nosotros mismos, blancos y negros
como negativos fotográficos, hablando,
inaudibles y roncós, como actores de Kabuki,
sin que ni la voz sea nuestra: irreales
como la ciudad en las devastaciones de aquel crepúsculo.
Iban y venían, entre los faroles y los plátanos, en una luz sanguinolenta
y oscura,
viviendo todos en el tiempo de la no-identidad,
vendidos, hipotecados, sin nada que fuera suyo,
ni siquiera sus nombres, en documentos grasientos escritos en lengua
espuria,
maltratados, y quizá más de una vez embrutecidos, abucheados por
los cláxones, deslumbrados por los focos, por los neones,
cerrados en escafandras, inhalando ácido prúsico.
Los bancos de piedra eran bancos de coral
y había un latido de algas en la luz de pecera del crepúsculo.
Ciudadanos branquiales, hombres-peces
nadando en la necrópolis del gas.
¿Quién dirá algún día sus nombres? Veo un altar

de piedra, como el incendio de un rubí,
cuando, desnudos, somos sacerdotes, con el disfraz
de magos, porque vivimos el tiempo atávico
de los rituales y de las profanaciones.
El tiempo del cuerpo es el de la raíz negra
y es el tiempo de la piedra y del musgo en el tronco.
Bajo el sol crudo de los bosques, en la habitación,
palpitan las sábanas como hojas verdes.
¿Quién dirá algún día qué somos? Plumas de aves
nos ocultan el rostro cuando un pubis solar
nos consume los labios. Así rueda
el tiempo, en una luz de ignición,
en torno a este eje. Esto que hago
lo hice antes, cuando era otro, o ahora,
cuando lo estoy haciendo también en otro espacio.



Guillermo Carnero

TRAS EL CERCO DE IMOLA

Así como el contorno del ámbar o del jade livianamente impone la futura armonía de las formas, ha sido cada mármol, cada sillar tallado para un reino vastísimo. La lámina de plata entalla su aguzado perfil en la caoba espejeando -ánades, juncos, sauces, guirnaldas- al calor de las brasas. El ónice en el limpio óvalo que lo aloja se confunde. Rebase de estos muros y escarpas un ansia incontenible de súplica y dominio, como una fina daga tenuemente contiene la sangre de la herida. Tristes tiempos son éstos. Bastiones nuestro reino limitan. Falconetes, gonfalones, bombardas, aletear de cuervos proclaman impotente nuestro afán. En el valle inhalan los colores el aura transparente de la nieve fundida. Tristes tiempos son éstos para quien algo ansía no sometido al filo de su espada.

CAPRICHOS EN ARANJUEZ

Raso amarillo a cambio de mi vida.
Los bordados doseles, la nevada
palidez de las sedas. Amarillos
y azules y rosados terciopelos y tules
y ocultos por las telas recamadas
plata, jade y sutil marquetería.
Fuera breve vivir. Fuera una sombra
o una fugaz constelación alada.
Geométricos jardines. Aleta
el hondo transminar de las magnolias.
Difumine el balcón, ocúlteme
la bóveda de umbría enredadera.
Fuera hermoso morir. Inflorescencias
de mármol en la reja encadenada:
perpetua floración en las columnas
y un niño ciego juega con la muerte.
Fresquísimo silencio gorgotea
de las corolas de la balaustrada.
Cielo de plata gris. Frío granito
y un oculto arcaduz iluminado.
Deserten los bruñidos candelabros
entre calientes pétalos y plumas.
Trípodes de caoba, pebeteros
o delgado cristal. Doce relojes
tintinean las horas al unísono.
Juego de piedra y agua. Desenlacen
sus cendales los faunos. En la caja
de fragante peral están brotando
punzantes y argentinas pinceladas.
Músicas en la tarde. Crucería,
polícromo cristal. Dejad, dejadme
en la luz de esta cúpula que riegan
las transparentes brasas de la tarde.
Poblada soledad, raso amarillo
a cambio de mi vida.

PRIMER DIA DE VERANO EN WRAGBY HALL

*¿Qué hacer, sino dejar que
las cosas sigan su curso?*

D. H. Lawrence

Un tímido vaho de sol, a través de los blancos visillos
ojeteados en verde, remedando
alguna cacería o Arcadia, entretejida
de pájaros y frutos, despierta en los tapices
y en las puertas forradas de terciopelo un vago
hormiguelo de sueños, un clarear de soles
entre el helado viento de los pinos nevados,
una alucinación de iluminado polvo
que los oboes pintados en los vasos de porcelana, simétricos
en las cuatro esquinas umbrías, resonando
cuando los pies oprimen el león o el cubo de las ruedas
de la diosa, difunden en el fondo
de las campanas ondulantes sobre los tallos del agua.
Por las volutas esgrafiadas en amarillo y blanco sobre la pared
malva,

se entrelaza un presentimiento de zarcillos y hojas,
un vaho de tierra caldeada bajo las gavillas de heno,
ondulando al compás de las suaves colinas, con un ritmo
de lejanas abejas.

En la eterna penumbra de la casa, donde apenas
giran las estaciones, como entre la hojarasca
eternamente umbría de los bosques,
parpadean las fuentes, los relojes gotean
sobre el mármol, enfrente de los espejos, giran
agitando sus frágiles campanillas.

Y a poco
se agazapan las aguas sobre los terciopelos,
arlequines de mármol abandonan sus ojos al crepúsculo.
Los caballeros charlan en el salón -corbatas
de Bond Street- de orquídeas o de falos. La tarde
gotea como el limo de las barbas de un dios
en las fuentes que invaden los lotos de la noche.

¿Cómo encontrar la vida? Ni la sangre querría abandonar las venas seccionadas. Crepúsculo de verano adormece los cuerpos. En la sala los naipes, las levitas, los bastones de ámbar. Casi parecerían impúdicos los versos del viejo Anacreonte: «Dadme, dadme la lira de Homero».

Nada debe perturbar el decurso de las horas. Tan sólo, en silencio, que alguien renueve los marchitos ramos, y así la muerte sólo será una gota más en los alabastros, sólo una nueva pluma sobre las alamedas, así no será trueno sobre los oleajes, así los emparrados recibirán inertes un año y otro año el estéril presagio de la vida.

MEDITACION DE LA PECERA

La perfecta y homogénea redondez es el primer obstáculo pues por ella se opera una limitación básica a la posibilidad de plantear un programa efectivo: que un supuesto punto de observación pueda adoptarse. Porque un giro de trescientos sesenta grados tomándola como centro no descubre en lugar suyo alguno un rasgo diferenciador cualquiera -textura del cristal por ejemplo, su espesor coloración u otra circunstancia que haga refractar la luz allí de manera distinta.

El segundo es, siguiendo el orden lógico, la transparencia igual y uniforme del medio (circunscrito por una esfera perfecta) pues ello impide discernir en su seno punto alguno que, fijado de manera inequívoca, sirva de referencia para trayectorias y mediciones sucesivas.

El tercero es, evidentemente, la convicción bien fundada de ser totalmente aleatoria la movilidad de los peces al no serle aplicables las Leyes de los Grandes Números, por entrar el caso en conflicto con sus hipótesis básicas. El contemplarla fijamente le induce aún a mayor confusión pues le revela una agresividad en la materia indócil, tan manejable y breve; como aquel protomártir armenio murió luego de la desollación, inútil

en quebrantar su ánimo, de una simple aspersion de perfume mientras una blanquísima esclava desnuda tañía con palillos de jade vasos, musicales por estar llenos de agua:

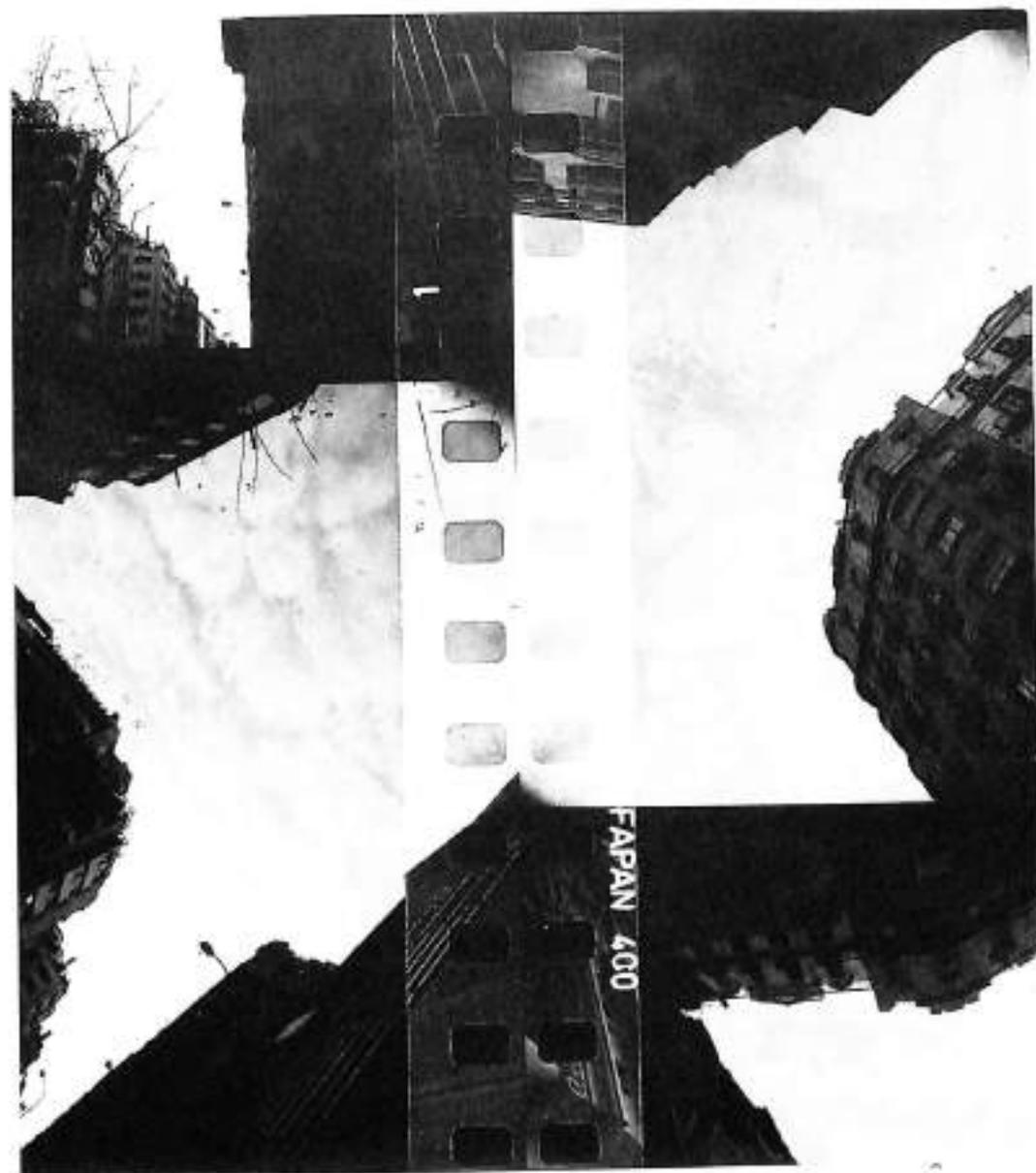
incoherencia.

Pues si concentra su atención en uno solo pensando aislar así los tres problemas a efectos de análisis (y signifique esto que son tres los ágiles peces) para, una vez delimitada cada trayectoria [su curva en un espacio de tres dimensiones (que la esfericidad le impide proyectar dichas trayectorias sobre un plano como posibilitaría con sus aristas un acuario corriente)] con sus variantes codificadas, y a ser posible

dividida en un breve repertorio de movimientos básicos
en seriación consigo mismos y con otros
mediante un número finito de leyes combinatorias precisas
con su margen de error asimismo acotable—
para recomponer entonces, digo, la realidad del fenómeno
que como un todo no es inmediatamente accesible,
advierte entonces que, puesto que la entera realidad que se le alcanza
la constituye el ámbito de la pecera,
no cabe más referencia para la trayectoria de uno
que suponer fijo a alguno de los otros.

El problema se muerde la cola
pero ninguno de los peces lo hace (lo cual o los inmovilizaría
o los haría girar sobre un eje, lo que es equivalente)
así que contempla perplejo su indefensión ante el cristal,
que por falta de centro no termina.

Mariano Zuzunaga



Leopoldo María Panero

DESEO DE SER PIEL ROJA

La llanura infinita y el cielo su reflejo.

Deseo de ser piel roja.

A las ciudades sin aire llega a veces sin ruido
el relincho de un onagro o el trotar de un bisonte.

Deseo de ser piel roja.

Sitting Bull ha muerto: no hay tambores
que anuncien su llegada a las Grandes Praderas.

Deseo de ser piel roja.

El caballo de hierro cruza ahora sin miedo
desiertos abrasados de silencio. Deseo
de ser piel roja.

Sitting Bull ha muerto y no hay tambores
para hacerlo volver desde el reino de las sombras.

Deseo de ser piel roja.

Cruzó un último jinete la infinita
llanura, dejó tras de sí vana
polvareda, que luego se deshizo en el viento.

Deseo de ser piel roja.

En la Reservación no anida
serpiente cascabel, sino abandono.

DESEO DE SER PIEL ROJA.

(Sitting Bull ha muerto, los tambores
lo gritan sin esperar respuesta.)

NO SENTISTE CRISALIDA AUN EL PESO DEL AIRE...

No sentiste crisálida aun el peso del aire
en tu cuerpo aun sin límites no hubo deseos alas
en tu cuerpo aun sin límites ciega luz no sentiste
oh diamante aun intacto el peso del aire.

A lo lejos azules las montañas qué esperan
Por dónde van las águilas. Cruzan sombras la nieve
Canta el viento en los álamos los arroyos susurran
Las luciérnagas brillan en las noches serenas
Olor denso a resina crepitan las hogueras
Con antorchas acosan y dan muerte a los lobos
En combate de luces derrotada la nieve
Nada turba el jazmín al aire florecido

Y sus rubias cabezas sobre la hierba húmeda

Son sus ojos azules un volcán apagado
En el viento naufragan sus cabellos de oro
De sus muslos inmóviles tanta luz que deserta

Cómo duele en la sombra desear cuerpos muertos.

La mies amarillea caen a tierra los frutos
Ellos vuelven cansados y no hay luz en sus ojos
Pero los huesos brillan y dividen la noche
Hueste antigua que danza alrededor del fuego
La hora es del regreso y no hay luz en sus ojos
Salpicaduras al borde del camino cabellos aplastados
La hora es del regreso tened cuidado aguardan.

Las luciérnagas brillan en las noches serenas

Canta el viento en los huesos como en álamos secos
entra en el pecho silba y ríe en las mandíbulas
entre las ramas flota de un ruiseñor el canto
y como un río el viento acaricia sus cuencas

A lo lejos azules las montañas qué esperan
Una antorcha en la mano de mármol una llama de gas bajo el
arco vacila

Y sus nombres apenas quiebran la luz el aire

Sepultará la tierra tan débiles cenizas
volarán sobre ellas golondrinas y cuervos
sobre ellas rebaños pasarán hacia el Sur
se alzará sobre ellas el sueño de pastores
y desnuda la tierra morirá con la nieve
La hora es del regreso en sus labios asoman
olvidadas canciones rostros contra el poniente

Qué voló de sus labios al cielo y sus ojos azules
qué lava derramaron en qué ocultas laderas
En sus ojos azules se posaba la escarcha
antaño fue el deseo siempre arrancada venda
oh qué fuego voló de sus labios al cielo
aquellos labios rojos que otros nunca olvidaron.

Pero el viento deshace las últimas nieblas
Otros creen que es el frío en las manos caídas
Olvidan que la llama tan sólo se apaga en sus ojos
que después no es el frío, es aun menos que el frío.

IMPERFECTO

Inclinó la cabeza sobre el cadáver. Sobre el lago: mundos sumergidos, vio reflejada su propia imagen, en los ojos de Anne, aquella tarde, en la escalinata del Sacré Coeur, no encontró una respuesta. El cielo se llenó de nubarrones, pero no llovería jamás sobre las inmensas praderas de Kentucky. La lluvia resbalaba sobre el cadáver, la gente descendía a nuestro lado, sin mirarnos. Algo había en el fondo: una sombra, se movía, parecía mirarnos. El cielo, alto. Llovía, aquella tarde, en París, y no supimos dónde refugiarnos. No encontró una respuesta. Antes de morir trató de decir algo, acaso un nombre, una fecha. Trató de besarla, ella volvió la cabeza y empezó a hablar rápidamente, de Jim, del «Dragón Rojo». Faltaba poco tiempo para que se despidieran. Al fin llegó la ambulancia, inútil. Era preciso decirle algo, tratar de arreglarlo como fuera. No le contestó nadie aquella noche, en el lago. Nunca llovería sobre Kentucky. Subieron el cadáver lentamente a la ambulancia, como si estuviera a punto de decirle algo. Antes de que se marchara, de que abandonara la ciudad para siempre. Mientras la lluvia resbalaba sobre los cabellos de Anne, sobre su impermeable. Manchado de sangre, se mezclaba con ella, caía sobre el asfalto. Arrojé una piedra al agua. Los bosques. Nací allí, pasé mi infancia en la finca de mi abuelo. Hubo una gran sequía, que abrasó los campos. Mi abuelo aún recordaba a los indios. Hablaba mucho, continuamente: «¿Por qué, ahora, de Jim?», pensó. «¿Por qué precisamente de Jim?» En aquel portal. La sirena de la ambulancia, los titulares de los periódicos, las fotografías, los interrogatorios: inútiles. Una ficha en el depósito de cadáveres. Los Museos de Cera. Se había olvidado de la pregunta, y ahora ella hablaba rápidamente, los automóviles, luces rojas. Mi abuelo, aquella noche, me confesó que siempre hubiera deseado perder la memoria. Un tipo extraño, es viejo, tiene manías. El policía lo golpeó con la culata del revólver. Era imposible que lo hubiese olvidado. Las golondrinas.

EL CANTO DEL LLANERO SOLITARIO

*There are almost no friends
But a few birds to tell what you
have done*

Louis Zukofsky

I

Verf barrabum qué espuma
Los bosques acaso no están muertos?
El libro de oro la celeste espuma los barrancos
en que vuela una paloma

en el árbol ahorcado está el espejo
palacio de la noche, fulgor sordo
a las ondulaciones peligrosas
voracidad se interrumpe y el silencio nace
vaso de whisky o perlas
(y en resplandor la penumbra envuelta)

las hadas

dulces y muertas sus vestidos sin agua
M preguntó a X
X no le respondió

la masa de un toro queda anulada
por la simple visión de sus cuernos
cubiertos de nieve: montañas
a las que el ciervo va a morir
cargado de toda su blancuez
los fantasmas no aúllan

-Y:
peces color de cero absoluto

O bleu
en un lugar vacío me introduje
estaba oscuro hasta que ya no hubo luz
soledad del anciano, tacere é bello.
Verf barrabum qué espuma

reencarnación
en lo dorado de mi pensamiento

Alicia
Verf berrabum

qué hago

ves la espuma inmóvil en mi boca?
aquí solo a caballo Verf berrabum qué
hago Alicia en el espejo ven
aquí a mi palacio de cristal: hay ciervos
cuidadosamente sentados sobre alfileres
y es el aire un verdugo
impasible. (Tacere é bello Silentium

Verf

qué hago muerto a caballo

Verf

alto ahí ese jinete que silencioso vuela
contrahecho como un ángel:
caen del caballo todos los jinetes
y la cigarra: παθης
en el verde que tiembla
luz que de la inmovilidad emana
luz que nada posee

y el enmascarado usó bala de plata
punteó la tiniebla con disparos

y dijo:

- a) fantásticos desiertos los que mis ojos ven
- b) berrabum: bujum
- c) la llanura muy larga que atravieso
con la sola defensa de mi espalda
- d) mi mano no es humana

no enemiga, pero al menos sí ignorante de la prosa
rebasando fronteras de hielo
en una superficie única
no dependiente de lo designado, ni de ninguna otra ley
(asesinaba)
construyendo (a
sesinaba) sus propias leyes
como un castillo en el vacío.

Mariano Zuzunaga



M. Zuzunaga

Jaimes Siles

GENESIS DE LA LUZ

La luz es un ave que se quema,
que se inflama encendida, que se nace
del carcaj de la noche, saeta en la distancia
traspasando los anquilosados nervios de lo oscuro.
Sin humos, sin diabólicos embrujos ni fármacos,
tan sólo
resplandor, titileante brillo, filo de daga
en busca de algún cuerpo donde abrir
de la sangre
las vetas minerales, el manantial enrojecido
del lamento, las compuertas de la rabia retenida
que en los dientes encuentra su muralla.
Qué alaridos de júbilo! ¡Qué embriaguez de belleza!
¡Qué rojos siderales! ¡Qué carnívoramente ha parido este alba!
Y un corazón seccionado
llueve sangre entre copas de pinos. Un pájaro se engendra
de plumaje de fuego y pico de bengala
que va ardiendo los aires, que deja tras de sí
un tumulto de lava, de bella, pura, ancestral
lava, lava, lava.

el suelo que a su pie se desintegra.
Ahora han encontrado de siempre, sí, esperándoles las yeguas
que los miran.
Ya no existe más furia, ni llama que el amor, la dicha de la
sangre,
las burbujas amorosas que resoplan
al tiempo que montan a las
hembras.
Y es entonces el trepidar de pífanos, el ruido de cornamusas, el
musical estrépito
que anuncia de la muerte la llegada.
Todos callan. Los dientes se golpean quedándose
soldados.
Oscurece. La muerte los empaña, ellos se entregan y
súbito
como en una caracola fenecida, en los oídos escucho
un desplomarse patas rabiosas, una nube de polvo levantado por
crines,
un cataclismo de huesos que la noche se encarga de enviar hacia
el olvido.

LUDWIG VAN BEETHOVEN PIENSA ANTES DE
INTERPRETAR POR ULTIMA VEZ

A Angel García López

¡Qué insistencia habrá de ti, en mí mismo,
en los pliegues que ocultan mi entusiasmo,
si poseí tu ser y por ti he sido
transparente sonido de una Forma,
de una Mente en zig-zag vuelta a sí misma,
de una Forma que en formas se consume!

¡Ah, música, detente!
Contempla mi estupor y muda queda,
pues sólo el eco sonará despacio
una vez que de ti seas la sombra,
la transparencia aquella que de nadie
fue nada, sólo sino de sí misma.

Ciñe y horada para ti el espacio,
ninguna bóveda soportará tu impulso,
rompe mis dedos, corta mis sentidos,
nada dejes atrás que te sujete.

Pero vuelves a mí, que soy tú misma,
y el silencio termina, se va abriendo.
De dos en dos su cuerpo ignoto crea
y nos hizo ya ser: ser ambos juntos,
uno en el otro prisionero. Todo
ha vuelto a sí, la música,
yo mismo...

